

Curso de formación para los novicios seculares de Jesús Obrero

2º tema: La santidad en la Orden

En este segundo tema de formación voy a hablar de la santidad tal como se entiende en la tradición dominicana. Me basaré en cuatro frases del principio de la Orden:

- 1) *Predicador de la gracia* (Santo Domingo de Guzmán)
- 2) *La santidad exige vivir al nivel de los dones* (Santo Tomás de Aquino O.P., I-II, 63, 4; III Sent. Dd 34-36))
- 3) *No son las obras las que nos santifican sino que debemos santificarlas nosotros a ellas* (Maister Eckhart O.P., Reden der Unterweisen, Deutsche Werke, I, sigla R, 4, pg. 508)
- 4) *Reprocharé al mundano sus injusticias con los demás pero, sobre todo, consigo mismo al haber creído que su miseria es más grande que mi misericordia. Este es el pecado que no se perdona ni aquí ni allá, pues por menosprecio no ha deseado mi misericordia. Este pecado es más grave para mí que todos los demás que cometió.* (Santa Catalina de Siena O.P., Diálogos, 118, cap. 37).

Todos los días al anochecer, después de Completas, las monjas y frailes dominicos cantan la Salve a la Virgen. Terminada ésta, se entona

un himno a Santo Domingo que dice: *“Oh, luz de la Iglesia, doctor de la verdad, ejemplo de paciencia, ideal de castidad, nos diste gratis el agua de la sabiduría, predicador de la gracia, júntanos a los santos”*. En este himno se le llama, entre otras cosas, predicador de la gracia. No conocemos al autor de este poema, aunque proviene de los primerísimos tiempos de la Orden. Humberto de Romanis, que entró en la Orden en 1224, dos años después de morir Santo Domingo, y que fue el cuarto maestro general, testimonia que este lenguaje se utilizaba desde el principio en la Orden. Se pregunta él mismo qué significa ser predicador de la gracia y responde diciendo que es sinónimo de predicador en el Espíritu.

Es un título precioso que nos indica que para los primeros dominicos la santidad no era una cuestión de obras y comportamientos sino de gracia. Es ésta la que capacita al hombre para la santidad. Para definirla, pues, debemos pensar en algo recibido, algo que viene de arriba, en algo cuya entidad no es humana aunque se encarne en el hombre. Se centra en Dios y en Jesucristo. No se centra ni el hombre ni en su libre albedrío, ni en sus acciones, comportamientos o pecados. La ecuación ascetismo igual a santidad no es dominicana. Centrarse en Dios quiere decir que se le da la primacía, que todo viene de él, que el hombre no es bueno por amar a Dios sino que, en palabras de Santo Tomás de Aquino, es Dios el que, al amarnos, nos hace buenos. Todo comienza en el Padre que nos da su Espíritu por medio de Jesucristo, un hombre con personalidad divina. El Espíritu Santo nos viene por medio del hombre Jesús que nos redimió en su cuerpo de carne (Col. 1, 22). Como dice San Juan. “El amor no consiste en que nosotros amemos a Dios sino en que él nos amó primero”(1Jn , 4)

Esta es una primera caracterización del estilo e idiosincrasia de la Orden. El dominico no te va a apabullar con leyes, mandamientos, exigencias morales o cosas por el estilo. Ya el mismo Domingo certificó esto para las propias normas con las que debía regirse la Orden. Dejó bien claro que no obligan a pecado. Si se enterara de que en algún convento hacen de las constituciones normas de salvación obligando por lo tanto a pecado, iría con su navaja a ese lugar a romper los códigos. Él era un predicador de la gracia, es decir, de la gracia de la salvación. Esta, pues no viene de nuestras obras y cumplimientos sino que es regalo y gracia de

Dios, realizada en Jesucristo, nuestro Señor y Salvador. Aceptar y creer en esta gracia y misericordia es el principio de toda salvación.

2) **Santo Tomás de Aquino** es el segundo y principal testigo de esta tradición. Era aristotélico hasta los tuétanos. Por eso valoró el comportamiento humano e insertó en el cristianismo el tratado de las virtudes morales comentando y cristianizando las que ya había tratado magistralmente el pensador pagano griego. Sin embargo, vio claro el límite de las virtudes y que sólo llegan hasta donde llegan. Un hombre totalmente virtuoso no es sin más un hombre santo. De la máxima virtud jamás se llega automáticamente al don, ya que se trata de ondas distintas. Ni siquiera las virtudes infusas consiguen este salto porque es cualitativo.

Pese a su sujeción y fervor hacia la filosofía griega, en el tema de la santidad, siguió la tradición de la Orden y la formuló de manera clara e irrefutable. Por eso dijo que para llegar a la máxima perfección no bastan las virtudes sino que es necesario experimentar los dones del Espíritu Santo. La santidad viene de arriba, es un don. Si no vivimos, pues, a nivel de don, podemos ser cristianos muy virtuosos pero siempre seremos mediocres porque las virtudes aún ayudadas por la gracia no pueden superar sus límites humanos. Los dones del Espíritu, sin embargo, introducen a uno en un modo de obrar divino ya que es el Espíritu Santo el que toma en ellos la iniciativa.

Esta postura de Santo Tomás encaja perfectamente en la corriente espiritual iniciada por Santo Domingo. Para colocarnos en el tiempo quiero hacer unas breves anotaciones. Santo Domingo murió el año 1221. Santo Tomás nació en 1224, tres años después. Su familia pertenecía a la nobleza napolitana. Hijo del Conde Landolfo de Aquino, estudió en la Abadía de Montecassino y después en la Universidad de Nápoles. En el año 1244 tomó el hábito de la Orden de Predicadores y conoció a otro gran dominico y doctor de la Iglesia San Alberto Magno, con quien estudiaría en Colonia.

Las ideas, pues, que estamos comentando se escribirían hacia 1270. Santo Tomás, en plena edad, dejó a un lado la inmadurez de los primeros años en que tuvo ciertos ramalazos semipelagianos, fruto por otra parte del tiempo. Ahora no nos damos cuenta de la precariedad con la que trabajaba esta gente. La escasez de libros y copias era enorme. Es un milagro que hayan llegado hasta nosotros la literatura y escritos antiguos ya que las copias a mano, lentísimas y expuestas a todo tipo de arbitrariedades e inclemencias, estaban en peligro continuo. Gracias a los monasterios y a una denodada labor de siglos conservamos muchas cosas, si bien las filosofías paganas nos han venido más bien a través de los musulmanes pasando a la cultura cristiana por medio de la famosa escuela de traductores de Toledo después del año mil. Baste, como ejemplo, la pérdida de las condenaciones semipelagianas de los concilios de Cartago y Orange del siglo VI, de las cuales no pudo disponer Santo Tomás y su época, porque no fueron redescubiertas hasta el año 1538.

Pese a las carencias de la época, Santo Tomás tuvo la iluminación suficiente para darse cuenta de que sin la actuación del Espíritu y sus dones era imposible la santidad. Esta no se identifica con la perfección en algún comportamiento o el cumplimiento de leyes y adquisición de virtudes. Santo Tomás apostilla genialmente: ***la ley nueva es la gracia del Espíritu Santo***. Su atrevimiento al decir esta frase sólo se explica por la fuerza del don, un precioso don de inteligencia. Con esto queda superada la ley y el Antiguo Testamento; ya no valen sus preceptos y criterios. La santidad ahora pertenece al orden de la gracia y se realiza no en alguna abstracción moral sino en el encuentro con Jesús, el hombre Jesús, único mediador entre Dios y los hombres. La gracia del Espíritu Santo nos lleva a ese encuentro. No con Jesús de Nazaret sino con el Resucitado que, aunque es el mismo, ya ha sido constituido Señor y su nombre ha sido declarado como el único en quien podemos salvarnos. Por Jesús, camino, verdad y vida llegamos al Padre y a la Trinidad. Ahora bien, como dice San Pablo, “nadie puede decir Jesús es Señor si no es con el Espíritu Santo”.

Otras teologías hacen depender la santidad de las propias obras. El esfuerzo lo cargan en uno mismo de modo que sólo a base de ganar

méritos y pureza con tus sacrificios se llega a Dios. Es uno el que busca a Dios, el que se gana su propia salvación. De esta manera a Dios no le queda otro trabajo que el de juzgarnos. Según esta opinión, Cristo nos ha redimido para abrirnos las puertas del cielo pero el esfuerzo y el mérito de llegar a él dependen de ti, de tu esfuerzo, de tus cruces, de tus sufrimientos, de tus ofrecimientos. La batalla contra el mundo, el demonio y la carne es obra de cada uno aunque suele apostillarse: "con la ayuda de Dios". En realidad el protagonismo es de cada uno aunque Dios nos eche una mano.

En nuestra perspectiva uno no se gana la vida eterna con ninguna obra. Es Dios el que viene, el que nos busca y el que nos salva. Todo el protagonismo es suyo. A nosotros se nos pide la aceptación de esta salvación gratuita. En la ley nueva lo que hay que hacer es acoger la gracia del Espíritu Santo. Esta acogida no siempre es fácil porque sucede en tu carne y en tu historia, con lo que la fidelidad a veces se hace muy cuesta arriba. La santidad que viene de arriba, que es gratuita no es nada fácil, porque es Dios el que actúa en tu carne y en tu historia para hacerte santo, para llevarte por los caminos que él quiere no por los que quieres tú. Hay una obediencia a la voluntad de Dios y al amor de Dios que te elige, que es crucificante porque lo que busca Dios es hacerte semejante a su hijo Jesús. Ni a Jesús ni a María les fue nada fácil acoger la voluntad de Dios; más bien la espada les atravesó el alma. Por eso mucha gente tiene miedo a Dios y prefiere vivir su vida.

Sin embargo, en esta elección actúa el Espíritu Santo y la quieres por encima de todo. Intuyes y experimentas los bienes que te reporta y te hace feliz. Te das cuenta de que merece la pena seguir la aventura del Espíritu. Al venir de arriba la salvación y, al apreciarte pobre y pecador, sientes que estás protegido, que eres amado, que no estás solo, que tienes dueño y, con ello, se te van todos los problemas metafísicos de la vida y te entra una alegría y paz tan profundas que nada ni nadie te las puede arrebatar. Para los dominicos esta acción previa de Dios está en la raíz de toda nuestra filosofía y teología. No es teórica sino que se realiza en nuestra carne pasando por la de Cristo.

Este encuentro con Jesús se da en las virtudes o vivencias teologales fe, esperanza y caridad que son infundidas en nosotros por el Espíritu y perfeccionadas por sus dones. La fe nos hace creer en Jesús y en su misterio pascual, la esperanza nos hace desearlo y la caridad amarlo con todo el ser. En Jesús nos encontramos con la Trinidad y la descubrimos ya que él nos descorre el velo que se interpone entre nosotros y Dios. Con él penetramos en las profundidades del misterio y a través de él nos llega la divinidad a nuestros corazones hasta el punto de hacernos partícipes de la naturaleza divina (2Pe 1, 4). Con otras palabras, el Espíritu de Dios lo recibimos por medio de Jesús pero a la vez nos revela quién es Jesús. Sin el Espíritu conoceríamos a Jesús de Nazaret pero nunca al que es Señor y le ha sido concedido todo poder en el cielo y en la tierra.

Este Jesús mediador es el hombre Jesús. Dice **Pablo**: *Hay un solo Dios y un solo mediador entre Dios y los hombres, el hombre Jesús, que se entregó a sí mismo como rescate por todos* (1Tm. 2, 5). **San Agustín** dice en sus Confesiones, 18: *Yo buscaba el camino para adquirir un vigor que me hiciera capaz de gozar de ti y no lo encontraba, hasta que me abracé al mediador entre Dios y los hombres, el hombre Jesús, el que está por encima de todo, Dios bendito por los siglos, que me llamaba y me decía: Yo soy el camino, la verdad y la vida.* **Santo Tomás** dice que adherirse a la humanidad de Jesucristo es una pedagogía sumamente adaptada para conducirnos a la divinidad, es como un guía que nos lleva de la mano (II-II, 82, 3, ad 2). **San Bernardo** prorrumpa sobre el nombre de Jesús: *Todo alimento es desabrido si no se condimenta con este aceite; insípido, si no se sazona con esta sal. Lo que escribas me sabrá a nada si no encuentro el nombre de Jesús. Si en tus controversias y disertaciones no suena el nombre de Jesús, nada me dicen. Jesús es miel en la boca, melodía en el oído, júbilo en el corazón*¹ **Santa Teresa** añade: *Y veo yo claro, y he visto después, que para contentar a Dios y que nos haga grandes mercedes, quiere sea por manos de esta Humanidad sacratísima, en quien dijo Su Majestad se deleita. Muy, muy muchas veces lo he visto por experiencia.*

¹ San Bernardo, *Sermones sobre el Cantar de los Cantares*, Sermón 15, 6. BAC, Madrid, 1987, pg. 227

Hámelo dicho el Señor. He visto claro que por esta puerta hemos de entrar, si queremos nos muestre la soberana Majestad grandes secretos².

Nuestra salvación ha sido realizada en el cuerpo de carne de Cristo. Si no se nos revela este misterio de humanidad, el oír y decir Misa se nos queda truncado. ¿Qué es lo que ofrecemos en ella? ¿En qué se basa la alianza divina? ¿Qué es lo que comulgamos? No me veo diciendo Misa sin ofrecer el sacrificio del hombre Jesús. En su cuerpo pobre y crucificado veo el mío lleno de heridas y enfermo. Veo la pobreza de la humanidad, la atadura de la droga, la crueldad del cáncer, el morbo del pecado, la impotencia ante mi futuro, veo mi vida y la tuya. Lo que pasa es que la carne de Cristo no sólo está sanada sino que es divina. Si no, ¿cómo podría adorarla? La adoración le pertenece sólo a Dios. En esa divinidad de la carne y sangre de Cristo está la mayor esperanza de lo que sucederá con la mía. Me hace bien adorarla. En la Misa, que es la entrega y el sacrificio de lo humano a Dios, veo yo el trueque que nos sana y nos diviniza.

Sabemos que en Cristo hay dos naturalezas: una divina y otra humana y una sola persona. Lo que llamaríamos en términos actuales, la personalidad, en Cristo, es divina. Es un hombre que tiene una personalidad divina porque está unido hipostática o substancialmente con la divinidad en la segunda persona de la Trinidad. No es Dios el que se hace hombre sino que es una naturaleza humana la que es asumida por Dios. Por eso a través de la humanidad de Cristo que tan cerquísima está de Dios entramos nosotros a formar parte del misterio de la Trinidad, lo cual resulta algo inimaginable y maravilloso.

Es de tener también en cuenta la humildad del Espíritu Santo que siendo Dios y pudiendo venir a nosotros como quisiera lo hace sólo a través de la humanidad de Jesucristo. En este mundo no hay nada de Espíritu Santo, es decir, nada divino, que no pase por Jesús. La tarea de este Espíritu es hacernos amar y comprender las maravillas que Dios ha realizado para nosotros en el hombre Jesús, divino y adorable a la vez, que

² Santa Teresa de Jesús, *Libro de la Vida*, cap. 22

ha sido concebido por Dios para poder estar de este modo tan cerca de nosotros.

3) **Maister Eckhart**, nos dice: “No son las obras las que nos santifican sino que debemos santificarlas nosotros a ellas. El maestro Juan Eckhart (1260-1327) se expresa con una terminología muy complicada que le llevó a algunos juicios y condenaciones siendo la principal la que hizo el Papa Juan XXII en 1329. Habla mucho del dejamiento o *Gelassenheit, en manos de Dios*, para que nos pueda ir separando de las criaturas y se dé así la divinización del alma por el nacimiento místico en ella del Hijo de Dios. Era un místico de tendencia iluminista por más que emplee la razón para conocer a Dios. Actualmente está muy estudiado y rehabilitado.

Eckhart nació cuando Santo Tomás estaba en la plenitud de su magisterio. Continúa la tradición dominicana en la que la acción salvífica viene de Dios. Por eso, para él, el quehacer del hombre y su esfuerzo no llegan a nada en orden a la salvación. Las obras no tienen ningún valor de santificación sino que debemos nosotros santificarlas a ellas.

Hay una larga y arraigada tradición espiritual según la cual el don del Espíritu Santo, es decir, la santidad viene por el crecimiento de las virtudes. En realidad este lenguaje choca con el del evangelio. Allí el Reino de Dios, o sea el don de Dios, está reservado a los sencillos y a los pequeños y pobres que se dejan hacer y nacer de nuevo. Eckhart lo explica de otra manera que la tradición. Para él no hay un paso automático de la virtud al don sino que es éste el que tiene que redimir la malicia de la virtud que siempre lleva adherida restos de humanidad y de esfuerzo. Es necesario hacerlas mucho más gratuitas para no caer en el fariseísmo y en el protagonismo de la propia salvación. Con otras palabras las virtudes hay que convertirlas en frutos del Espíritu. Por eso dice que no son las obras o las virtudes las que nos santifican sino que debemos nosotros santificarlas a ellas.

Tanto él como sus discípulos Taulero y Enrique Susón no están canonizados por sospechas de la Inquisición. Sin embargo, el paso del

tiempo no ha hecho nada más que acrecentar su importancia. Ahora bien, a nosotros nos interesan estos personajes como testigos de la tradición dominicana en la que la santidad consiste en mirar a Dios y contemplarle. Uno de los lemas de la Orden *es contemplata aliis tradere*, es decir, *dar a los demás lo contemplado*. El dominico valora las virtudes y esfuerzos humanos que ya en lo puramente humano forman personalidades consistentes. Además estas virtudes humanas cuando son elevadas por la gracia al orden sobrenatural son de gran merecimiento y santidad. En una buena formación no puede faltar esta parte de formación humano espiritual. Ahora bien el principio de la santidad no está en ellos sino que es gracia y gratuidad. Pueden ser, de alguna forma, reflejo de la santidad pero no principio y causa de ella. Por eso, estos hombres afinan su máximo interés en la perspectiva de la gracia. El mismo pecado, visto desde la gracia, no se ve con el morbo atribulado de la condenación. Como diría San Pablo: Si uno quiere vivir de la gracia, el pecado que comete por debilidad, no le pesa ni tiene dominio sobre él; se le transforma en cruz.

De ahí que Eckhart tuviera ciertos problemas al llevar este pensamiento hasta el extremo. En su estilo apofático o contradictorio dice por ejemplo: *En toda obra mala, tanto de pena como de culpa, reluce y se manifiesta la gloria de Dios, ya que la luz resplandece en las tinieblas* (Exp. In Joh., LW III, 494). Más adelante sigue diciendo: *Así mismo, cuando uno blasfema al mismo Dios, cuanto más blasfema más gloria da a Dios, ya que la blasfemia al Dios de cada uno lo que hace es ensalzar al Dios inmenso e incognoscible*. Es cierto que en una blasfemia el que queda en ridículo es el blasfemo. Igualmente dice: *El que pide "esto" o "aquello", pide malamente algo malo, porque la multiplicidad le aleja del Uno que es el Bien* (Ibid. 611). Por eso el carismático, cuando ora en lenguas, se junta con el Uno, porque no pide nada en concreto para dejar que Dios, que conoce lo que es bueno, actúe.

4) Santa Catalina de Siena

Catalina continúa con el tema de la gratuidad de la salvación en el hombre Jesús tan típico de la Orden dominicana. Es hija del predicador de la gracia. A Catalina más que hablar de la humanidad de Cristo le gusta

hablar de la sangre lo cual es idéntico. Para Santa Catalina la sangre de Cristo ha borrado el pecado del mundo. Estamos salvados en su sangre. Es el sacerdote el que tiene la llave de la sangre, (sobre todo en la confesión), ya que esta salvación la recibimos en y por medio de la Iglesia (Diálogos, 75). En este sentido hay que entender la preciosa amonestación que cito. Los protestantes hablan mucho y cantan a la sangre de Cristo pero sin pasarla por la Iglesia. Dice, en efecto Catalina: *Reprocharé al mundano sus injusticias con los demás pero, sobre todo, consigo mismo, al haber creído que su miseria es más grande que mi misericordia. Este es el pecado que no se perdona ni aquí ni allá, pues por menosprecio no ha deseado mi misericordia. Este pecado es más grave para mí que todos los demás que cometió.* (Santa Catalina de Siena, Diálogos, 118, cap. 37).

Esta intuición de Catalina ilumina como pocas cosas, la tradición de la Orden al hacer el centro de su afán no la lucha contra el pecado ni su expiación mediante sacrificios sino que se fija en la sangre derramada para el perdón gratuito de nuestros pecados. Ayer mismo me decía un cura que ahora nadie se va a confesar. Si cobráramos por la confesión, seguro que vendría más gente porque lo gratuito no se valora. Esta visión de Catalina no podemos entenderla fuera de la corriente de gracia que el Espíritu inició con Domingo de Guzmán. Hay que comprenderla dentro de la predicación de la gracia. Esta terciaria dominica vivió poco más de cien años después del nacimiento de la Orden, de 1347 al 1380. Treinta y tres años vivió solamente.